

Toros en La Habana. Boxeo, cultura y poder (1920-1930)

Jonathan Palla

Investigador. Universidad Nacional de San Martín
(EIDAES-UNSAM), Buenos Aires.

Comenzaré este ensayo con algunos recuerdos no muy lejanos. Llegué a La Habana para realizar una investigación a partir de la historia social del boxeo cuando se iniciaba la Copa Mundial de Fútbol Qatar 2022, uno de los entretenimientos de masas más convocantes cada cuatro años.

Los medios de comunicación de todo el globo colaboraban para crear el clima de emociones que envolvía al planeta. Los periodistas deportivos brindaban información sobre los preparativos de cada encuentro y organizaban encuestas locales. Uno de los costados más resonantes, a medida que avanzaba el campeonato, consistía en narrar el espectáculo como una batalla de naciones y continentes. En las instancias finales, se extendió la idea de una especie de revancha contra siglos de explotación colonial, depositada en Argentina y en particular en Lionel Messi.

Aunque la selección cubana de fútbol no participaba en ese torneo, los cubanos sí lo hacían. Un periódico hizo el recuento de que en la Isla muchos tenían también a Messi como su favorito. Mientras tanto, en las calles, Argentina, Messi, Brasil, Neymar, Mbappé estaban en las camisetas, en las gargantas, en las *fajazones*: en esquinas como las de la Avenida Zanja y la calle Soledad ocurrían discusiones estadísticamente informadas sobre si «La Pulga» o si Ronaldo. El juego alcanzaba protagonismo en las arterias habaneras al

mismo tiempo que lo hacían las colas para comprar el escaso cerdo, tradicional para fin de año.

Barrio, trabajo y ocio se entretrejían componiendo un universo que, por debajo de los resonantes tabloides mundiales, discurría en el espacio de lo múltiple. Tomé un ómnibus en las inmediaciones de la Estación Central de Ferrocarriles, en La Habana Vieja y me sumergí aún más en un universo de esa anudada red de identificaciones. No había espacio para una persona más, hacía mucho calor y nos juntábamos unos sobre otros sin remedio. Una afrocubana protagonizaba una acalorada discusión sobre los mejores equipos del Mundial, su interlocutor se sintió irritado porque, al parecer, la opinión de aquella mujer no coincidía con la suya. Un tercer sujeto que viajaba con ellos acotó en tono de broma: «No discutas con ella, ¿no ves que es una *solariega*?». Aunque los tres rieron, el rostro de la que en el intercambio se hallaba en minoría no pudo esconder algo de incordio. Por otra parte, como dice la repetida frase, la risa es cosa seria.

Los anhelos de unidad latinoamericana, en un país donde la mezcla es la regla, conviven con la supervivencia de estereotipos negativos y miradas racializadas. Las vivencias de la cotidianidad nos humedecen las pupilas constantemente con la contemporaneidad del problema (Morales, 2022).

En los días siguientes, realicé otra inmersión, esta vez en los fondos documentales del Archivo Nacional y en

los diarios ajados y custodiados en la Biblioteca Nacional José Martí, que reflató aquella escena. Ir al Archivo es ir al pasado, pero inspirados en las preocupaciones presentes nos abre envolturas que antes no habíamos desplegado. En el año 2023 se cumplió un siglo de que otro deportista, casualmente también argentino, concitó los fervores de los latinoamericanos en una alegórica revancha de continentes y «razas». Pero un acercamiento a lo local, otra vez a La Habana, pueda quizá mostrarnos que, bajo las polarizaciones más generales e impostadas, transcurre una dialéctica de la cultura.

A mediados de 1923, Cuba vivió un clima de entusiasmo deportivo conectado con la llegada del Toro Salvaje de las Pampas, el boxeador argentino Luis Ángel Firpo. Llegaba al Caribe en el pináculo de su carrera, pues desde el año anterior conquistaba enorme popularidad como el candidato más firme a disputar el título mundial de los pesos pesados que estaba en poder del estadounidense Jack Dempsey; en esas circunstancias recorrió varias ciudades latinoamericanas —como La Habana— satisfaciendo el inmenso deseo de los públicos hispanohablantes por verlo en acción (Estol, 1946).

La recalada de Firpo tenía lugar apenas dos años después de la formación, en 1921, de la Comisión Nacional Cubana de Boxeo (CNB). Dicha institución —si bien se había formado en contraposición a las posturas más restrictivas, que calificaban el boxeo como una práctica violenta y barbárica— pretendía la aprobación de los espectáculos públicos de pugilismo, pero depurados de sus características más anárquicas, en aras del orden social. Aunque conviene advertir que entre la declamación de objetivos y las prácticas pugilísticas concretas mediaba una amplia franja de fricciones e intersecciones; la CNB estaba comandada y prestigiada por notables de la elite política, militar y cultural cubana, como el Coronel Rosendo Collazo, y el programa de la flamante institución, al menos en teoría, se proponía regular y moralizar los espectáculos de boxeo fijando espacios, reglas, autoridades, certificados, etcétera.

Desde su fundación y hasta el fin del gobierno de Gerardo Machado (1933), la CNB fue dirigida por militares. Es posible que este elemento marcial, dada la historia inmediatamente anterior del país, tuviera peso político y simbólico. Incluso, como parte de la oferta que se preparaba con la visita de Firpo, los periódicos anunciaron que «los individuos del ejército que se acercaron a los promotores de esta fiesta, Pablo Santos y Jesús Artigas, deben saber que los que vayan uniformados, solo pagarán dos pesos por la entrada, atendidos sin número» (*El Heraldo de Cuba*, 1923i). Por otra parte, la Comisión se levantaba sobre una alianza que incluía, además de sectores de la elite, a segmentos medios integrados por periodistas, propietarios de periódicos y atletas. En ese arco social, los valores

ligados a las lógicas más tradicionales de un *sportman* como el esgrimista Ramón Fonst se mezclaban con los valores y las voces más populares, como las del periodista Bernardino San Martín (citado en Cubillas y San Martín, 1922), que subrayaban la dimensión de «fiesta» deportiva. Una síntesis de estos abigarrados juicios tal vez se expresara en la definición con la cual el propio San Martín calificara al boxeo como un «espectáculo científico» (11).

En todo caso, dicha alianza había declarado, en un tono eugenésico, que su objetivo era «la regeneración del arte varonil del marqués de Queensbury en nuestra República» y con ello apuntaba a un reposicionamiento del boxeo profesional, desde un lugar social marginal, al tiempo que veía su práctica como un dispositivo nacionalista sin igual para «regenerar» al pueblo.

En ese cuadro deben insertarse algunas nociones que la prensa brindaba a los lectores cubanos, ya desde 1922, mediante relatos modélicos de la figura y la vida deportiva de Firpo, en contraste con el medio pugilístico local. De este modo, los principales diarios habaneros retrataban los combates del argentino como estándar de espectáculo ordenado:

Recomendamos a nuestros lectores, y sobre todo a los promotores de boxeo que padecemos, la lectura del mencionado cable [sobre la pelea Firpo-Mcanan]. Esas son peleas, caballeros, lo demás son «palas» del peor género, porque con ellas se ataca el bolsillo de los espectadores y se perjudica la bondad del *sport*. (*La Discusión*, 1922: 9)

En la misma estela, Firpo era mostrado como un objeto consumido por los sectores europeos más refinados y aristocráticos. Así, unos días antes de su arribo, otro periódico comentó que «se acercó a charlar con nosotros un joven español de modales finos y gentiles. Luego de cambiar impresiones sobre distintas cosas, el recién llegado, hablonos de Firpo» (*El Heraldo de Cuba*, 1923f). Ya desembarcado Firpo, el *Diario de la Marina* (1923) lo caracterizó como un elegante *sportman*: «Más que en ninguna ocasión anterior se llenaron de gente los muelles y de “gente bien” que no fue claque obligada ni sedimentos del arroyo». Sobre el propio Firpo, el periódico destacó su vestimenta y apariencia, «vistiendo traje de casimir oscuro [...] sombrero tirolés, zapatos de corte bajo y medias negras, corbata azul y llevando gentilmente del brazo un abrigo ligero de primavera». Es así

que al ver a Luis Ángel se disiparon las leyendas de brutalidad que se habían forjado en su derredor [...] de hombre de las cavernas, etc., etc. [...] Poco ha faltado para que lo compararan con un gorila o un chimpancé [...] Y no hay tal cosa [Firpo es] elegante y bien formado. (18)

Es también en este contexto que debemos interpretar el anuncio de que el presidente de la República, Alfredo Zayas, asistiría, por primera vez, con Firpo, a un

espectáculo de boxeo. Sin duda la asistencia a un evento conectado con la emoción popular y masiva componía un canal de comunicación de cara a la sociedad, que cualquier político profesional no hubiera desestimado. De hecho, el Presidente solía asistir a los multitudinarios encuentros de béisbol que formaban el «verdadero» deporte nacional. Pero conviene considerar también que, en la puja entre las fuerzas a favor y en contra de la aprobación del boxeo, obtener el apoyo del máximo dirigente del Estado no era un arma menor.

El Presidente de la República, Dr. Alfredo Zayas [dijo el periódico *La Discusión* (1923)] asistirá el sábado por primera vez a una pelea de boxeo, habiendo hecho calurosos elogios de ese viril deporte, y demostrado su propósito de apoyar el cultivo del arte de los puños en Cuba. (8)

Por otra parte, estas intervenciones nos habilitan para sospechar que las interdicciones en torno al boxeo se conectaban con las más amplias disputas políticas y sociales que atravesaban a la joven república. No es casual entonces que el evento deportivo sea también un evento político en el cual

el Presidente de la República ha manifestado su propósito de asistir a la pelea y en su honor será tocado el Himno Nacional cubano, interpretándose luego, en honor de Firpo y a su patria, el Himno Nacional argentino. (*El Heraldo de Cuba*, 1923i)

Precisamente, Firpo y el boxeo no eran solamente objetos de consumo de la elite cubana: en los primeros días de junio, un cronista de *El Heraldo de Cuba* (1923i) dijo que «90% de los habitantes de La Habana se ocupan de los resultados de las peleas de boxeo y los desafíos de *base-ball*». De hecho, se refirió a profecías de un limpiabotas, «un profeta del betún [...] la selección que el morenito que me limpiaba los zapatos hiciera acerca de las peleas de hoy en Parque Mundial» (8). Para ese momento, el boxeo en Cuba ya era protagonizado, en gran medida, por afrocubanos de la clase trabajadora (como Kid Chocolate, Kid Charol o Black Bill). Aunque de una forma simplificada, la opinión pública conectaba los orígenes de los boxeadores con el universo de los trabajadores: «todo el mundo antes de boxeador ha sido otras cosas, pero la mayor parte fueron estibadores o herreros, dos ocupaciones que podríamos decir son antesala del boxeo» (*La Discusión*, 1923: 8).

La organización del espectáculo deportivo con objetivos financieros estaba en auge, en estrecha asociación con los mercados estadounidenses y los medios de comunicación masiva. Desde los primeros meses de 1922, la prensa habanera comentaba que «Firpo es hoy el hombre del día, alrededor del cual gira el interés de los aficionados al boxeo». Cuando el ídolo argentino finalmente arribó a la Isla, los diarios registraron que en la ciudad «no se habla de otra cosa: Firpo, Firpo y Firpo» y que «todos los demás temas

pugilísticos han quedado preteridos» (*El Heraldo de Cuba*, 1923b). Los cines, que constituían un dispositivo poderoso para la circulación de imágenes y discursos, habían difundido en La Habana, así como también en el resto de la Isla, escenas de Firpo y de otros boxeadores populares. Las páginas de los principales periódicos publicitaban entre la cartelera del cine-teatro Capitolio, «las últimas peleas de boxeo en el Yankee Stadium de NY. Willard, Johnson, Firpo y Mc Auliffe» (*La Discusión*, 1923a). Tal vez no sea casual que los promotores del combate que Firpo finalmente celebró en la ciudad cubana intervinieran en su doble aspecto de empresarios de cine y de boxeo. Incluso la propia pelea que aquel brindaría en la capital, se organizaría considerando las necesidades del negocio y la técnica cinematográfica en las condiciones de ese contexto, pues

la razón que obliga a los promotores de la pelea a efectuarla a esa hora [las tres de la tarde] es porque a otra sería imposible llevar a cabo la confección de una película que de ella piensan sacar los promotores y que será exhibida posteriormente en todos los cines del interior de la Isla. (1923g: 8)

Los socios Santos y Artigas eran una especie de marca registrada en la industria del entretenimiento de La Habana, que se dedicaba a promocionar y regentear salas teatrales y otros espacios del espectáculo público. Hasta qué punto estos empresarios habían logrado instalar sus nombres conjuntos como un sello en la cartografía del ocio habanero, puede indicarlo el hecho de que algunos sitios eran popularmente conocidos más por el nombre de estos promotores que por su título original. Así, por ejemplo, el Arena Colón de la calle Zulueta, frente al Teatro Martí, era popularmente referenciado como «el Parque Santos y Artigas» (*El Heraldo de Cuba*, 1923c). Aunque habían obtenido su licencia como promotores de espectáculos de boxeo recientemente, en 1923, a su vez formaban parte de una red de cooperaciones más amplia que incluía a otros promotores, periodistas y atletas tales como Vicente Cubillas, Bernardino San Martín y los hermanos Clodomiro y Mike Castro.¹ También podría inferirse que esta red se vinculaba de algún modo con el mercado estadounidense. Según los propios empresarios, el proyecto de promocionar la visita de Firpo a Cuba surgió en un viaje de negocios a Nueva York, reunidos con los propietarios del circo Ringling y con el promotor de boxeo, y regente del Madison Square Garden, Tex Rickard. De este modo, el *match* que Firpo iba a ofrecer en La Habana fue planeado para el 3 de junio, frente al pugilista norteamericano Joe White, uno de los hombres del imperio Madison. Efectivamente, White había actuado como *sparring* de Firpo durante la primera gira del argentino por los Estados Unidos y era entrenado por Harry «Pantera

Negra» Wills, un boxeador afroamericano que a su vez estaba vinculado con el medio boxístico habanero, donde había combatido algunos años antes (1923a: 7).

Entre esas estructuras para las emociones de masas que harían posible la presentación de Firpo debe incluirse también el desarrollo del transporte público de corta y larga distancia. En este sentido, los empresarios negociaron con la empresa ferroviaria nacional para lograr «numerosas excursiones que están combinándose en el interior de la isla con la Compañía del Ferrocarril de Cuba que ha concedido un 33% de descuento en los pasajes» (1923e: 7). Incluso en los mismos vagones de trenes habría agentes de Santos y Artigas vendiendo los tickets de entradas para el espectáculo de Firpo.

Durante todos estos sucesos, los cronistas locales continuaban siendo los encargados de transmitir y generar, entre los lectores, el fervor necesario para el espectáculo. En este sendero, ofrecieron perfiles varios de Firpo, destacando los orígenes de sus padres como inmigrantes sureuropeos, sus contornos físicos y psicológicos y su vida íntima y familiar. Paradójicamente, su calidad de representante de «la raza latina» se alimentaba de su éxito en los Estados Unidos, y en esto Firpo era asumido como el sucesor de una constelación de artistas iberoamericanos que también habían triunfado en la industria cultural neoyorquina. De este modo, los promotores Santos y Artigas declararon a la prensa que aquel era «la persona más popular en Estados Unidos» y «el latino que ha sucedido a Blasco Ibáñez y a Valentino en el asombro de nuestros cándidos vecinos del norte» (1923a: 7). Por este lado, Firpo era retratado como una estrella del mundo artístico y de la cultura de masas, hospedado en elegante hotel Royal Palm donde un grupo selecto de compatriotas del boxeador, la esposa del dueño del hotel y un conjunto de damas, que se hospedaban en la suntuosa casa, entregaron al ilustre una bandera argentina que luego flameó junto a la cubana sobre la ostentosa posada. Bailaron el tango, pero hablando al oído del promotor Artigas, Firpo también «mostró deseos *pudorosos* de ver bailar la rumba» (1923g: 3). En las hojas, los discursos sobre la masculinidad y la nacionalidad iban todos juntos.

Identidades e integraciones

En la mayoría de las capitales del continente, los periódicos calificaron a Firpo como la «Esperanza latina» contra el poder anglosajón, presentándolo a sus lectores como el representante del poder hispano y latinoamericano en una batalla de razas. En este plano, el del universo de las identidades sociales, conviene recordar que «clase», «nación», «género», «etnia», «ciudadanía», entre otras categorías, construyen identidades de modo conflictivo y complejo,

implicando subordinaciones y rebeldías. Por otra parte, la separación analítica de diversas identificaciones no debe hacernos olvidar que todas estas condiciones actúan juntas en cada persona. En este caso, los sucesos en torno a la figura de Firpo se nutrían, al mismo tiempo que colaboraban en la construcción, de categorías geográfico-identitarias regionales y transnacionales, cargadas de ambigüedades étnicas y culturales. Claro que, al calor de una independencia tardía, tras una transición imperial y en medio de las primeras experiencias de la joven República, Cuba era una caja de resonancia particularísima para el contenido de aquellas contiendas simbólicas. Conviene considerar que, en Cuba, la importancia de las formaciones sociales anteriores a la conquista europea, junto con la centralidad de estas regiones durante la época colonial, hacían que «la modernidad» apareciera como categoría central de las discusiones y los proyectos políticos. En ese cuadro, unos días antes de que Firpo desembarcara en la Habana, *La Discusión* publicó una columna en la que explicaba que

aquellos norteamericanos que se imaginaban en nosotros los latinos, pobres temperamentos histéricos, raquíticos de cuerpo, con un puñal en la cintura y guitarra en las manos, entonando canciones en las noches de luna al pie de una ventana, cual legendarios trovadores, habrán tenido que cambiar rápidamente de opinión si han visto o han sabido lo que es ese argentino sobre las lonas de un ring. (*La Discusión*, 1923b: 8)

El día del arribo del argentino, el *Diario de la Marina* explicó que

parecía que algo extraordinario nos ocurría a los cubanos con la llegada del gentil pugilista del peso completo: era que el espíritu de la raza vibraba desde lo más hondo y lanzaba al espacio sus notas de entusiasmo ante algo extraordinario, que significa y simboliza un triunfo de todos. Por eso cada uno quería oír hablar a Firpo, se le acercaban y lo estrujaban para saber si era cierto que su lengua era la misma que gritó ¡tierra!; si era la misma castellana de Rodrigo de Triana, la que voló sobre los mares y continentes con la cruz en alto y el acero desnudo. Y Firpo habla lo mismo que nosotros, un poquito más cadencioso, más suave; pero en forma sonora y bella como lo hicieron los comuneros de Castilla. (*Diario de la Marina*, 1923: 18)

En las secciones deportivas, Firpo era narrado dentro de una trilogía latina o bien frustrada, o bien incómoda: en primer lugar, la del francés Georges Carpentier, aquel que se irguió en busca de la victoria definitiva, pero cuyo esfuerzo se diluyó; como segunda posibilidad, la del italiano Herminio Spalla, —contemporáneo al gran momento de Firpo, pero, por eso mismo, su propio rival. Las cuartillas entretenían a sus lectores inventando orígenes españoles e italianos del argentino; pero, entre esas enredadas genealogías, se iba robusteciendo una identificación de lo «latino» en conjunción con lo «americano»: «el vengador ha

En el año 2023 se cumplió un siglo de que un deportista argentino concitó los fervores de los latinoamericanos en una alegórica revancha de continentes y «razas». Pero un acercamiento a lo local, otra vez a La Habana, pueda quizá mostrarnos que, bajo las polarizaciones más generales e impostadas, transcurre una dialéctica de la cultura.

llegado», publicó *La Discusión* (1923b) horas antes de su desembarco en Cuba: «Firpo es la revancha y es una gloria nuestra» (8).

Queda recordar que las vistas sobre las prácticas y los consumos culturales de los cubanos se redefinieron al calor de los discursos sobre los particulares senderos que seguía Cuba entre la herencia colonial, la transición imperial y las primeras décadas de la República. Las pautas culturales eran significadas como imágenes fuertes en los diagnósticos y los debates políticos que circulaban a través de la prensa diaria, las revistas de interés general, en las publicaciones académicas y otros discursos. Desde los inicios de la República y con el estallido de la primera Gran Guerra en Europa, se produjo la gran imbricación de la economía cubana con la de los Estados Unidos. Durante los años de alza de los precios del azúcar la vida cultural y deportiva de la Isla aceleró su americanización. Tras el apogeo azucarero y la aparición de la crisis que reventaría en el *crack* de 1929, surgieron voces más radicalizadas, discursos cada vez más inflamados de nacionalismo, denuncias antimperialistas y antiestadounidenses. En estas luchas siempre estaba presente la preocupación por el lugar de los Estados Unidos, ya sea como modelo de republicanismo, como invasor imperialista o como ambos. En ese campo simbólico es que los cubanos construyen su propia imagen del «Toro de las Pampas».

«Uno de los diarios más populares ha publicado una ocurrentísima caricatura representando a Firpo en el acto de aplicarle el K.O. al edificio de doce pisos de Wood Wortir en New York», dijo a sus lectores el periódico *La Discusión* (1922: 9), un año antes de que el boxeador pisara La Habana.

Luego, cuando el arribo de la ilustre visita:

Los señores Santos y Artigas han hecho circular unos pasquines que dicen así: Bienvenido Luis A. Firpo [...] Santos y Artigas invitan a todos los fanáticos y al público en general, para que acudan al muelle a dar la bienvenida al boxeador latino que tantas probabilidades tiene para conquistar el título de *champion* mundial, pese a los que creen en la inferioridad física de la raza latina. Firpo viene a Cuba entusiasmado con la idea de conocer nuestro país, ansioso, ha dicho de «estar entre los suyos», porque él considera toda la América Latina como su patria porque sabe que en toda ella se desea como cosa propia su triunfo. Demostrémosle nuestra simpatía al boxeador honrado, fuerte y valiente que honra nuestra raza y hagamos que al pisar esta tierra escuche nuestros aplausos. (*El Heraldo de Cuba*, 1923e: 7)

A las 4:30 pm del miércoles 26 de mayo de 1923, en los muelles del Arsenal y en todos sus alrededores, una multitud de cinco mil personas se apretujaba en su afán de ser las primeras en ver al «coloso». Bandas de música atronaban el espacio y un ejército de reporteros tomaban fotografías, mientras un pelotón de jóvenes lucía cartelones con bienvenidas. Desembarcaba «el Toro Salvaje de las Pampas», y «media Habana» se agolpaba a lo largo de las calles por donde debía pasar «la esperanza latina» desde los almacenes de tabaco hasta su hotel (1923g: 1).

Los entrenamientos de los pugilistas, que también eran vendidos como espectáculos, tenían lugar en la Arena Colón, es decir, en el Parque Santos y Artigas. Ahora bien, algunos obstáculos postergaron el combate o *star bout* que Luis Ángel debía protagonizar el 3 de junio en el Parque Mundial. A cinco días de la estelar pelea, durante un entrenamiento, el *sparring* afro cubano Estanislao Frías derribó y dejó sin sentido al contrario de Firpo. Con tres golpes puso a White en estado preagónico y con esto desbarató la gran pelea que debía desarrollarse durante la siguiente semana.

Estos hechos también fueron interpretados por la prensa en una clave marcada por la tensa relación histórica entre Cuba y los Estados Unidos. En principio, a nivel público, el K.O. de White por Frías fue un escándalo: ¿el oponente de «la esperanza latina» sería un luchador noqueado por su *sparring*?; ¿ese era el pugilista que coronaría el valor de Artigas y de Santos como grandes promotores del boxeo en Cuba?

Durante los días que siguieron, la prensa habanera también se dedicó a salvar la imagen de Santos y Artigas, y a responsabilizar al empresario estadounidense Tex Rickard por enviar al encuentro a un pugilista ignoto; de ese modo —siempre según la prensa cubana— faltaba el respeto a los aficionados de La Habana. El periódico *La Discusión* (1923e) dijo que

los empresarios Santos y Artigas, muy jóvenes en el negocio del box [...] han dicho tener culpa alguna [...] ellos pidieron un contrario para Firpo, un[o] que se fajara y mandaron una paloma. Tex Rickard es el causante, que creyéndonos indios con levitas mandó un *boxer* que no sirve. (8)

¿Y la Comisión Nacional de Boxeo permitiría que ese niño con forma de mole que era White se enfrentara al coloso Firpo? La prensa rápidamente trató de despegarla de cualquier sospecha, pero para hacerlo